1er Premio - XXIX Certamen LA COMEPECADOS de Cuentos - 2022

Dicen que lo primero que olvidamos tras la muerte de un ser querido es su voz. Que podemos recordar su rostro, su forma de mirar o incluso su olor, pero que la voz enmudece en nuestra memoria al no ser capaces de ponerle sonido ni dejarla por escrito.

Mi madre nunca hablaba. La única vez que lo hizo, recuerdo que fue para responder a una sola pregunta de las mil que le hice. Mi madre tampoco cantaba ni me llamaba por el nombre con el que me había bautizado. Le bastaba con mirarme para decirme las cosas. Los hombres del pueblo decían que si no hablaba era porque venía de lejos, de Gales, y no conocía bien nuestro idioma. Las mujeres aseguraban que era por la paliza que le había dado mi padre antes de abandonarla al haberse quedado embarazada de mí. Se la había dado con tanta saña que le había arrancado las palabras para siempre junto con un trozo de lengua. Ese fue el último día que la oyeron decir algo. O gritar algo. Y no importaba quien tuviera razón, si hombres o mujeres, porque para mi madre no hablar era una ventaja añadida al misterio de su oficio. Mi madre era una comepecados.

Raro era el mes que no venían a buscarla, sobre todo en invierno. Llamaban a la puerta tres veces y dejaban una moneda envuelta en un papel con una dirección. Entonces mi madre esperaba a que llegara la noche, se ponía un velo largo que le cubría de la cabeza a los pies y acudía a casa del difunto para comerse sus pecados antes de que lo enterraran. Yo siempre la acompañaba, pero al ser una niña no me dejaba ver al muerto y me sentaban en la habitación donde lloraban las mujeres. Aun así, conocía de memoria lo que iba a hacer: llenaría un tazón con leche que pasaría por encima del difunto, le quitaría el pan que le habían colocado en el pecho y se lo comería para quedarse con sus pecados. Y no sería hasta que se comiera la última miga cuando nos iríamos a casa.

Mi madre era una mujer muy responsable en su oficio, aunque nadie sabía que a cada pan del muerto le quitaba un trocito que escondía bajo el vestido con intención de llevarse un pecado de cada uno. Trocito que luego me daba para guardarlo en una bolsa de tela negra. Porque yo era la guardadora. Y mientras que otras niñas guardaban en sus casas muñecas, yo guardaba en mi bolsa pecados a los que le ponía nombre: incesto, lujuria, robo, hurto..., Tenía tantos que ya no me quedaba más remedio que inventármelos.

Recuerdo que fue el primer domingo de febrero, el domingo que más frío hizo de todo el invierno, cuando llamaron a la puerta tres veces y una figura enlutada salió corriendo después de dejar el papel y la moneda. Mi madre se santiguó, se guardó el dinero y leyó la dirección. Era de un pueblo a seis kilómetros. Me miró y me dio a entender que debería abrigarme bien porque esa noche iba a caer helada. La gente con que nos cruzamos en el camino bisbiseó una oración de difuntos al vernos, incluso la bisbiseó el cura, aunque a buen seguro no fue por el alma de nadie sino como rogativa al cielo para que nos echaran del pueblo y quedarse solo con el negocio de los muertos.

Debían ser cerca de las nueve cuando llegamos a la casa. Según nos vieron, los que estaban de duelo se hicieron a un lado como el agua se aparta cuando se le echa aceite. Mi madre señaló una silla vacía en la sala de estar para que me sentara mientras ella iba al cuarto del difunto. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que las caras de los que estaban allí eran iguales a las caras que había visto en otros velatorios, porque, aunque los muertos no se parezcan, los que los velan sí, que no hay duelo en que las mujeres no lleven los ojos arrebatados por el llanto ni los hombres la voz ronca por el anís. Y pensaba que aquel velatorio sería uno más de los muchos en los que había estado cuando de pronto, no había pasado un minuto, mi madre salió de ver al difunto, vino hacia mí y me tendió la mano. Yo sabía que no le había dado tiempo a empezar con el rito de la leche y el pan. Todos creyeron que nos marchábamos, quizá porque el muerto sumaba tantos pecados que era imposible que pudiera quitárselos. Pero se equivocaban. Mi madre había salido a pedirme la bolsa de

tela negra donde guardaba los trocitos con los pecados de otros muertos, algo que nunca había hecho antes. En cuanto se la di volvió a la habitación, y las mujeres volvieron a empaparse los ojos de lágrimas y los hombres la garganta de anís.

Aquella vez mi madre tardó con el difunto una hora más de lo habitual. Cuando salió me indicó con la mirada que me abrochara el abrigo de paño, me tomó de la mano y sin despedirse, emprendimos el camino de vuelta a casa.

—Madre ¿va a darme la bolsa de los pecados que me pidió antes? —pregunté a las afueras del pueblo.

Hizo como si no me hubiera oído y siguió andando. Yo estaba acostumbrada a que no me respondiera. Pero esta vez, se lo pensó mejor, se detuvo y me dio la bolsa. No pesaba nada, estaba vacía. Miré dentro, y no había ni un solo trozo de pan con los pecados de ningún muerto.

-Madre ¿por qué está vacía?

Entonces oí su voz por primera y última vez.

—El difunto de esa casa era tu padre. Pero quédate tranquila porque no me he comido sus pecados. Al contrario, le he metido en la boca los que llevábamos de otros.

Nunca más volvió a hablar. Y yo nunca volví a guardar pecados. Desde entonces guardé secretos.

ILSA

Alberto Ramos Diazo

3